

Consolidación y fragmentación de la investigación de la comunicación en México, 1987-1997

Raúl Fuentes Navarro*

In a brief and general manner, the conclusions of a research project on the structuration processes of the field of Mexican academic research on communication are exposed in this article. Since it was an empirical and exploratory project, multiple procedures were applied to the collection and systematization of data concerning production of knowledge on communication and its contextual conditions in Mexico; about the producers of such knowledge—both individuals and institutions—; and on its objective products, particularly the ones displayed in academic publications. The analysis of these data led to the construction of a heuristic model of the sociocultural determinations of the field's structuration over the past three decades. This model allows the author to bring forward a "double dilemma" the field has to confront in the nineties in search of its academic and social legitimation.

Este artículo expone de una manera breve y general las conclusiones del trabajo de investigación, realizado por el autor, sobre los procesos de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México. El acercamiento empírico exploratorio de este trabajo supone el acopio y la sistematización de datos sobre la producción mexicana de conocimiento; sobre la comunicación y sus condiciones contextuales; sobre sus productores, tanto individuales como institucionales; y sobre sus productos

* Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS/CUCSH), Universidad de Guadalajara.

objetivos, especialmente las publicaciones académicas. A partir de los resultados del análisis de toda esta información, se construyó un modelo heurístico de las determinaciones socioculturales de la estructuración del campo en las últimas tres décadas, que permite formular la “doble disyuntiva” que se enfrenta en los años noventa para alcanzar la legitimación académica y social.

El objetivo de este artículo es exponer de una manera breve y general las conclusiones de un trabajo de investigación realizado a lo largo de más de cuatro años (Fuentes 1997), con la pretensión de explicar cómo es que en el entorno sociocultural de México, “en transición” global, y dentro de un sistema nacional de educación superior caracterizado por fuertes tensiones tanto internas como externas, la investigación académica de la comunicación emergió en los años setenta en algunas universidades como un proyecto articulado por la utopía; atravesó la “crisis” de los años ochenta sentando paradójicamente las bases de su institucionalización, y enfrenta, en los años noventa, los retos de su consolidación como práctica académica profesionalizada y legitimada.

Hipotéticamente, este proceso multidimensional, complejo y contradictorio, de desarrollo del campo académico de la comunicación en México, ha sido determinado, en su escala más general en los últimos veinticinco años, por la coincidencia de intensos y extensos procesos de cambio, por una parte en las condiciones del mercado académico nacional, y por otra en los marcos epistemológicos y teórico-metodológicos del estudio de la comunicación. Así, se sostiene que han confluído factores económicos y políticos con factores intelectuales y culturales en la conformación del “escenario” sociocultural en el que los investigadores mexicanos de la comunicación se han constituido como agentes responsables y autoconscientes de las prácticas académicas que a su vez han estructurado este campo.

Debido a que el autor participa como sujeto en los procesos que toma por objeto de estudio, la investigación adoptó de entrada un carácter autoreflexivo, orientado por el principio metodológico de la “observación participante” (Bourdieu 1989; Bourdieu y Wacquant 1992). En diálogo con las princi-

pales corrientes contemporáneas de la sociología del conocimiento, en especial las constructivistas (Berger y Luckmann 1968; Knorr-Cetina 1981; Woolgar 1988; Ashmore 1989; Pickering 1992), el trabajo asumió un acercamiento empírico exploratorio para la construcción de su objeto, lo que supuso acopiar y sistematizar un volumen considerable de información hasta entonces dispersa, a propósito de la producción mexicana de conocimiento sobre la comunicación y sus condiciones contextuales; sobre sus productores, tanto individuales como institucionales; y sobre sus productos objetivos, específicamente las publicaciones académicas (Fuentes 1996).

También fue necesario actualizar y organizar la información referida a los programas universitarios en que se localiza ese conocimiento y las asociaciones académicas que lo articulan, así como sobre los individuos que lo cultivan, sus historias de vida profesionales y las configuraciones cognoscitivas que ha adoptado. Las bases de datos correspondientes, cuya utilidad en sí mismas es indiscutible como infraestructura para la investigación y para la toma de decisiones, son sin embargo, sólo la plataforma instrumental, el recurso a partir de cuyo aprovechamiento analítico se pretendió sustentar con datos concretos las interpretaciones que se buscó establecer como modelo de la estructuración del campo académico.

Para hacer esto, se formularon dos modelos heurísticos, uno sobre las estructuras y otro sobre los procesos de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación, articulados a partir de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1984), la teoría de los campos de Pierre Bourdieu (1972; 1988) y el método de la hermenéutica profunda de John B. Thompson (1990). Metodológicamente, entonces, la investigación se orientó por una lógica híbrida: en tanto que el objeto de estudio se construyó desde una perspectiva sociocultural, fue necesario dar cuenta de las relaciones entre hechos sociales objetivos e interpretaciones subjetivas no directamente observables. Como se trató de no subordinar el estudio de una dimensión al de las otras, sino de analizar la determinación del sentido de prácticas situadas de manera

estructural, para construir un modelo de la estructuración del campo académico, se requirió el empleo de métodos descriptivos variados para sistematizar la información sobre diversos aspectos del objeto, al mismo tiempo que un método explicativo para integrar consistentemente los resultados de esos análisis parciales, desde una posición hermenéutica (Giménez 1994).

Se definieron y relacionaron entre sí nueve “procesos de estructuración”, operantes en diversas escalas (individual, institucional, sociocultural), del campo de la investigación académica de la comunicación, referidos a:

- Constitución de los sujetos (trayectorias académicas, orígenes sociales, etcétera).
- Formación/conformación de *habitus* (esquemas de percepción, valoración y acción).
- Profesionalización (apropiación de competencias académicas y calificación laboral).
- Institucionalización social (organización de programas, asociaciones y publicaciones).
- Institucionalización cognoscitiva (conformación de “matrices disciplinarias”).
- Especialización de la producción (intercambios científicos intra e interdisciplinarios).
- Autoreproducción del campo (formación e incorporación de nuevos agentes).
- Legitimación social (obtención social de autoridad científica y autonomía relativa).
- Asimilación/acomodación del sentido en el cambiante entorno sociocultural.

La instrumentación de las fuentes primarias de datos para esta investigación incluyó tres tipos de trabajo empírico directo: la sistematización documental, una encuesta con tres instrumentos y una serie de entrevistas no estructuradas. Participaron en forma directa como sujetos 49 investigadores de la comunicación, mexicanos o residentes en México, casi todos

ellos adscritos a alguna de las seis instituciones donde se ha concentrado la práctica de la investigación: la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Colima y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

La pregunta central, alrededor de la cual se organizaron el diseño e instrumentación del estudio, suponía buscar y encontrar heurísticamente cuáles son y cómo operan los factores socioculturales determinantes de la confluencia entre las configuraciones del conocimiento (saberes prácticos, instrumentales, formales) y las prácticas que ejercen los agentes “investigadores académicos” en la constitución del campo académico de la comunicación en México. Desde el principio se pretendió identificar esos “factores socioculturales determinantes” tanto en las estructuras externas al campo como en sus articulaciones internas, constitutivas, en las prácticas de los sujetos, de los investigadores académicos como agentes de la estructuración (Sewell 1992).

Para ello se formuló un contexto triple (cognoscitivo, sociocultural e institucional), caracterizado por una crisis múltiple en la cual la “inconsistencia disciplinaria”, la “dependencia estructural” y la “crisis universitaria” se consideraron como condiciones objetivas, externamente impuestas a los procesos de estructuración del campo, asimismo la “institucionalización académica”, la “autonomía intelectual” y la “continuidad utópica” como factores constitutivos, internos, de las prácticas estructuradoras (agencia), ante tales condiciones. Esto suponía, a su vez, que los investigadores académicos de la comunicación en México articulan sus prácticas y sus configuraciones de conocimiento mediante la internalización de esas condiciones y la exteriorización de un proyecto institucionalizador relativamente compartido. De ahí, la formulación de la hipótesis general con la que se trabajó:

La estructuración del campo académico de la investigación de la comunicación en México ha estado determinada por la

agencia de sujetos que comparten un proyecto generacional utópico, fuente primordial del sentido de sus prácticas y de su identidad profesional; esta agencia ha estado a su vez determinada por su situación en un entorno institucional, disciplinario y social caracterizados por la escasez de recursos, la inestabilidad y la marginalidad, que han limitado su crecimiento, y por su desarticulación de la generación de saberes instrumentales sobre la comunicación, que ha obstaculizado su legitimación social.

Los análisis realizados sobre los programas, las asociaciones, las publicaciones y las configuraciones cognoscitivas del campo, a partir de fuentes tanto secundarias como primarias, permitieron no sólo validar de manera empírica la primacía postulada de los factores “internos” (subjetivos, ideológicos) y su determinación por las condiciones “externas” (estructurales, económicas “en última instancia”) en los procesos de estructuración y desestructuración, sino también inferir y proyectar (a partir del discurso de los propios investigadores) las opciones estratégicas de reestructuración que, sobre todo, la “profesionalización avanzada”, ha abierto al campo en la última década en términos de su legitimación académica y social.

A partir, entonces, de los resultados de los análisis se construyó un modelo de la estructuración/desestructuración/reestructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México (véase la página 48), que integra tres dimensiones: dos de ellas “externas” al campo (una representativa de las “determinaciones socioculturales” de su estructuración y la otra de las condiciones de la legitimación académica y social de sus prácticas), articuladas con otra dimensión, “interna”, la constituida por la agencia de los investigadores. Como constructo de “nivel intermedio entre los conceptos y los paradigmas [que comporta] cierto número de hipótesis, algunas de ellas visibles pero otras invisibles u ocultas” (Giménez 1994: 36). Este modelo pretende concentrar las explicaciones sistemáticamente generadas por el trabajo que, no obstante, requieren extenderse de manera discursiva más allá (o quizá, mejor, “más adentro”) de él.

La consistencia de este modelo con el diseño de la investigación, sus fundamentos y desarrollo, es el criterio prioritario para su confección y evaluación, por necesidad metodológica. Pero el logro de esta consistencia, además, depende en buena medida de la pertinencia de la representación que ofrece del campo. La conjugación de consistencia y pertinencia, por ello, impone un parámetro de “utilidad práctica” a todo el trabajo, como producción de sentido.

Resulta de particular relevancia, puesto que fue el punto de partida para su construcción, la “doble disyuntiva” que se representa en la parte inferior del modelo: el avance de la agencia de los sujetos hacia la reestructuración del campo y a través de ella hacia la legitimación, está determinado (limitado, mediado) por tres “nuevas” condiciones que se resumen en la “profesionalización avanzada” de los sujetos y que suponen la “postdisciplinización” (ruptura de las fronteras disciplinarias) de las prácticas de investigación, la demostración de la “solvencia metodológica” (capacidad sistemática de resolver problemas) de los académicos y la “reconfiguración del sentido” de las prácticas y de los proyectos (individuales, colectivos e institucionales) que se oponga frontalmente con la “inercia conformista” que las estructuras vigentes han generado y acumulado. Esa es la primera disyuntiva que se presenta en los años noventa al campo: cambiar o desaparecer como campo académico productivo.

La segunda disyuntiva supone el cambio y el enfrentamiento de las “nuevas condiciones”, anotadas mediante la profesionalización avanzada, para buscar la legitimación a través de la “extensión de la imaginación utópica” o a través de la “recuperación del pragmatismo”, apuestas por el futuro que se plantean como mutuamente excluyentes. La formulación de esta segunda disyuntiva surge de la serie de entrevistas abiertas realizadas con más de veinte investigadores mexicanos de la comunicación.

De acuerdo con el análisis de estas entrevistas, la identidad profesional de los investigadores está sujeta aún, según ellos mismos, a un proceso de construcción del campo aca-

démico para el cual parecen estar sentadas las bases y en función del cual es necesario instrumentalizar el conocimiento producido en dos sentidos opuestos pero complementarios: hacia “afuera”, en términos de responsabilidad social, como estrategia de legitimación (política), y hacia “adentro”, en términos metodológicos, como condición para la profesionalización (científica). En la articulación entre uno y otro sentidos, la ideología profesional, el *habitus*, la “matriz disciplinaria” operante como “núcleo común de sentido básico compartido” en las prácticas estructuradoras de los sujetos, revelan una ética definida y enraizada, aunque insuficientemente formulada, quizá por ser la lógica subyacente más profunda de articulación del sentido.

Quizá los “regresos a cuestiones místicas, esotéricas” (como la astrología) que a veces como juego, a veces como discurso “subterráneo”, se advierte en algunos investigadores de la comunicación son, según uno de ellos, “síntomas de que está en el aire que necesitamos nuevas maneras de entender las cosas y de cohesionar y de remoralizar y de volver a dar sentido a todo lo que está pasando”. Porque

nosotros estamos haciendo un campo académico de la comunicación para una lógica del siglo pasado, para una sociedad que ahorita está en crisis, para una forma de vida social, para una lógica de comprensión y de sentido que actualmente está en crisis, y estamos luchando por institucionalizar algo que tiene un impulso que lanza hacia otras partes, y lo jalamos a esto, que es un cascarón que ya se está desbaratando. Es un suicidio. (...) El campo académico de la comunicación es todavía una intención que no cuaja. Todavía estamos ahí. Somos jovencísimos, muy jóvenes. Estamos en un momento en el cual todo está moviéndose, por decirlo de alguna manera: es un proceso global que va a repercutir en siglos, estamos en una transición...(entrevista de investigación).

Esta es una de las opciones de futuro que algunos investigadores le ven al campo de la comunicación, y que en un sentido muy radical (“de raíz”) extiende la “imaginación utópica”, fundacional del campo, hacia el porvenir, en términos sociocul-

turales y científico-morales a la vez. Por el otro extremo, con un horizonte sociocultural quizá menos utópico, otros investigadores plantean como opción de futuro para el campo académico una “recuperación” de su inserción en el mercado de la producción de información, mediante proyectos de investigación aplicada:

Esto es un proceso (...) se nos olvida que algunos de los grandes investigadores de la comunicación, incluyendo a Lazarsfeld y a Eco y a Schramm y a muchos otros, en muchos momentos de su desempeño profesional sintieron la necesidad —o se vieron obligados— a vincularse a actividades mucho más pragmáticas que las que en teoría suponía la actividad académica. (...) Yo pensaría que a lo mejor en algunos de nosotros existe eso: la necesidad de alimentar la reflexión teórica con retos muy prácticos. No digo que sea la solución para todos, pero a lo mejor para algunos de nosotros sí lo es (entrevista de investigación).

De cualquier manera, ambas opciones previstas por los investigadores suponen una reorientación radical de las bases sobre las cuales se han institucionalizado, así sea precariamente, las actividades de investigación académica tanto en lo social como en lo cognoscitivo. En ambos casos (“el gran salto hacia adelante” o “la recuperación del pragmatismo”) están implícitas una reconfiguración del sentido básico de las prácticas de investigación, un reconocimiento del cambio en las condiciones contextuales más generales, la necesidad de reforzar la solvencia metodológica de los investigadores y la disolución de las constricciones disciplinarias del campo.

Por otra parte, las evidencias empíricas y su interpretación confirman y refuerzan la hipótesis de que la identidad generacional entre los investigadores mexicanos de la comunicación, se explica porque comparten un *habitus* y una ideología profesional fuertemente articulados por ingredientes utópicos, que fueron originados en ciertas universidades (y no en otras) durante la década de los setenta (y no antes o después). Hay, sin embargo, de acuerdo con los rasgos de los sujetos incluidos en la muestra, la posibilidad de distinguir “subgeneraciones” dependientes, más que de la edad, del momento de inserción de

los investigadores en el campo como tales (aunque esta “inserción” es más bien intersubjetivamente definida, pues no hay indicadores objetivos que sirvan para tal fin —como sería el otorgamiento de plazas “de investigador” por contrato o por concurso— y las apreciaciones subjetivas son muy variables: en todo caso, los sujetos distinguen su pertenencia a la “profesión académica” de la inserción en otros campos profesionales —por ejemplo, el periodismo—, pero no siempre diferencian en forma clara sus roles académicos como “docente” o como “investigador”, con la excepción de quienes están adscritos a los centros o programas de investigación en la Universidad de Colima, la Universidad de Guadalajara y la Universidad Iberoamericana).

El criterio de la inserción incluiría de manera central el hecho de que unos investigadores fueron alumnos directos de otros y el reconocimiento explícito de muchos de los sujetos de que esto los influyó (negativa o positivamente) en la elección de la opción por la carrera académica y la investigación. De cualquier manera, el origen de estas “identidades” se ubica en sólo cuatro instituciones: sobre todo la Universidad Iberoamericana y la Universidad Nacional, y luego en el ITESO y la UAM-Xochimilco.

Esta concentración de factores “internos” para la estructuración del campo, se encuentra relacionada con la inestabilidad de las determinaciones “externas” como explicación de la limitada “reproducción” y falta de consolidación de “liderazgos unipersonales o monoinstitucionales relativamente permanentes”, pues la co-incidencia, en los últimos veinte años, del cambio en las condiciones del mercado académico mexicano y del cambio en las condiciones epistemológicas del estudio de la comunicación, ha generado coyunturas sistémicas para la reestructuración del campo de la investigación académica.

En el modelo, estas “coyunturas sistémicas” son representadas como el par de oposiciones (*empiristas vs. críticos* y *fragmentación vs. síntesis*) que marcan el devenir de la investigación académica, entre la “desarticulación múltiple” del

origen y las “nuevas condiciones” de la profesionalización avanzada, que a su vez prefiguran una tercera oposición (*extensión de la imaginación utópica vs. recuperación del pragmatismo*). De manera esquemática la primera oposición se ubicaría en los años setenta, la segunda en los ochenta y la tercera en los noventa, así cada una de ellas se resolvería en una reestructuración del campo y la consecuente transición del predominio de un tipo de agencia a otro.

Hay evidencias históricas suficientes para identificar en los tres “modelos fundacionales” del campo académico de la comunicación (el orientado a la formación de periodistas; el que concibe al comunicador como un intelectual humanista, y el que lo perfila como científico social crítico), la sólida creencia en la utopía de la transformación (democratización) social mediante la comunicación, y en función de la cual habría que investigarla. De la escuela fundadora del modelo humanista y su utopía culturalista, la de la Universidad Iberoamericana, surgió el primer impulso a la institucionalización de la investigación, pero fueron muy distintas las concreciones que le imprimieron Jesús María Cortina, Josep Rota y Rubén Jara como proyecto. Con el empirismo norteamericano (en su versión más cuantitativista y conductista) como “paradigma” único, una altísima autoestima y una gran capacidad magisterial en los tres casos, su impulso (hacia formas de articulación académicas y extra-académicas) de la investigación fue divergente y aislado, lo cual contribuyó a su “retiro”, a principios de los ochenta, del campo académico (Cortina hacia la consultoría privada, Rota hacia Estados Unidos y Jara hacia Televisa), aunque muy significativamente, no de la investigación de la comunicación.

Una parte sustancial de quienes opusieron el proyecto “crítico” al “empirista” de Cortina, Rota y Jara, habían sido sus alumnos en la Universidad Iberoamericana y, siguiendo la radicalización ideológica de los años setenta, se habían desplazado hacia la UNAM y la UAM-Xochimilco (fundada en 1974), universidades públicas donde al mismo tiempo habían recibido “alojamiento” laboral-político muchos académicos sudamericanos exiliados de sus países.

Es un dato relevante que la figura emblemática de esta corriente “crítica”, Armand Mattelart, fue traído por primera vez a México por estudiantes de la Universidad Iberoamericana. Los investigadores “críticos”, congregados en la AMIC a partir de 1979, impulsaron sin duda el establecimiento del proyecto de la formación de comunicadores como “científicos sociales” como tercer modelo fundacional del campo, mediante la adopción del materialismo histórico como “única ciencia válida” y el consecuente combate al empirismo (“representante del imperialismo” y “reforzador de la ideología dominante”) y, por ende, a los investigadores empiristas.

Fátima Fernández, Javier Solórzano, Beatriz Solís, Javier Esteinou, Alberto Montoya y otros jóvenes egresados (casi todos) de comunicación, iniciaron sus carreras como investigadores académicos al lado de líderes político-intelectuales como el argentino Héctor Schmucler, el chileno Fernando Reyes Matta y el peruano Rafael Roncagliolo, cuya influencia sobre ellos fue más ético-ideológica que metodológica, aunque introdujeron a México nuevos temas y nuevos enfoques de investigación de la comunicación. A la distancia, hay que hacer notar que, después de la “ruptura” con los investigadores “empiristas”, los investigadores “críticos” rompieron también con los “denuncistas” —que a diferencia de ellos mismos, estaban poco comprometidos con la formación de comunicadores—, aunque sin duda asimilaron mucha mayor influencia de ellos que de los primeros, al encontrarse en una posición de hegemonía en el campo a mediados de los años ochenta.

Pero en la época de “la crisis” nacional, cuando el mercado académico se había ya cerrado y los apoyos gubernamentales desaparecieron para la investigación de la comunicación (crítica o no), emergió un tercer grupo de investigadores que habían estudiado comunicación en la misma primera mitad de los años setenta, pero que habían seguido estudiando. Con posgrados (cursados tanto en México como en el extranjero: Francia o Estados Unidos) en distintas especialidades de las ciencias sociales (sólo unos cuantos optaron por seguir programas de “comunicación”), este grupo se integró al campo

académico con retraso pero con la ventaja de representar tanto una “postura crítica” como una “actitud de rigor”, condiciones que resultaban muy pertinentes en combinación, después de las desgastantes batallas internas por la hegemonía en el campo.

Es muy importante subrayar que estos investigadores no encontraron acomodo (aunque lo buscaron) en ninguna escuela de comunicación: tuvieron que inaugurar nuevos espacios universitarios, lo cual se facilitó por su currículum vitae (doctorados) y por los proyectos académicos que propusieron. Así, Jorge González y Jesús Galindo, para salir del Distrito Federal y la UAM-Xochimilco, establecieron el Programa Cultura de la Universidad de Colima; Pablo Arredondo y Enrique Sánchez Ruiz, provenientes de Stanford, fundaron el Centro de Estudios de la Información y la Comunicación de la Universidad de Guadalajara; y Guillermo Orozco, que venía de Harvard, encontró un poco después en el Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales de la Universidad Iberoamericana, las condiciones que no había en otras instituciones y que no habían podido ser llenadas en la UIA.

La agencia estructuradora de estos tres grupos de investigadores, sucesivamente “hegemónicos” en el campo de la investigación académica de la comunicación en México, entendida como “transposición de esquemas y removilización de recursos” a través de actos de comunicación con otros (Sewell 1992: 21), presenta como constante la recurrencia a los mismos referentes utópicos, ideológicamente conformados en los setenta, pero reinterpretados por los sujetos desde determinadas posiciones en el campo, en función de la movilización de ciertos recursos disponibles para ellos, en situaciones coyunturales diversas.

La estrategia estructuradora predominante en el primer grupo de investigadores (los “empiristas”) buscó el desarrollo de la investigación —y el incremento de su propio e incipiente prestigio académico— estimulando la creación de redes de cooperación y colaboración como el CONEICC. Es de hacerse notar que ni Rota ni Jara, los principales actores de este primer grupo, recurrieron a las publicaciones como medio de “acumu-

lación de capital”, sino que se concentraron (muy intensamente) en la docencia, la construcción de infraestructuras, la animación de esfuerzos colectivos y la presentación, en todo caso, de ponencias y conferencias. Sin embargo, ante los ataques de sus adversarios, fueron incapaces de aliarse. Curiosamente, en los años setenta, fue tan fuerte el impulso a la colaboración como la competencia individualista por el prestigio o el liderazgo en el naciente campo (postura acorde, en algún sentido, con la ideología humanista subyacente en la formación de los sujetos, “representantes” del modelo fundacional de la UIA).

En cambio, la estrategia estructuradora predominante en el segundo grupo (los “críticos”) fue mucho más marcada por las tácticas de la militancia política: incluyó tanto la participación en las redes de cooperación y colaboración (CONEICC), como la constitución de un proyecto de asociación con tintes más dogmáticos (AMIC); la acumulación de prestigio académico por medio de publicaciones y la búsqueda de influencia pública mediante colaboraciones periodísticas; la alianza con agentes ajenos a la academia y la incorporación bajo la figura de “investigador” de todo aquel (político, profesional, periodista, estudiante, etcétera) que se “sumara a la causa”, más definida por el “adversario” que por el proyecto alternativo. El fracaso, a principios de los ochenta, de los intentos de incidir en la “democratización de los medios de difusión, y a través de ellos, de la sociedad mexicana” (como correspondía a los postulados del modelo fundacional del comunicador como científico social comprometido con “el cambio”); retrotrajo a varios de los líderes de esta movilización a patrones mucho más cooperativos que conflictivos en el campo, cuando ante el retiro tanto de los “empiristas” como de los sudamericanos y de muchos de quienes se habían incorporado como “críticos”, quedaron como casi únicos agentes de la investigación.

El ingreso al campo, a mediados de los ochenta, del tercer grupo, no encontró por ello mayor resistencia por parte de los “críticos”, pues se podía identificar en los antecedentes de los recién llegados el mismo impulso utópico, además de lo

que había quedado claro que más falta hacía formación científica rigurosa. La crisis económica (y política) había acabado con las publicaciones y muchos (casi todos) de los centros de investigación, de manera que la “transición”, estructuralmente determinada y estratégicamente aprovechada por los “nuevos agentes”, significó una reestructuración marcada por el distanciamiento de la investigación de la docencia en licenciatura, la constitución de un segundo polo geográfico de desarrollo (Guadalajara-Colima), la emergencia de nuevos enfoques disciplinarios y nuevos estilos de formulación de los objetos comunicacionales, el establecimiento de nuevos medios de diseminación académica y, por supuesto, de criterios de acumulación de prestigio más reconocibles como propios de “la ciencia”: doctorado, proyectos formales de investigación, pertenencia (y dirección) de asociaciones académicas, publicación de artículos en revistas “arbitradas”, docencia en posgrado, etcétera.

De hecho puede afirmarse que la “coyuntura sistémica” principal, a mediados de los ochenta, sobre la que se reestructuró el campo de la investigación académica de la comunicación fue generada por las políticas gubernamentales diseñadas para hacer frente a la “crisis” en los terrenos universitarios: descentralización, modernización de las instituciones, estímulos a la “excelencia” (y desestímulo a todo lo demás), competitividad internacional e imposición de un perfil evaluable homogéneamente para los académicos a través, sobre todo, del Sistema Nacional de Investigadores. Los nuevos agentes del campo de la comunicación cumplieron con esos requisitos y aprovecharon los espacios que ese hecho les abrió, como única opción. En los noventa, un número considerable de investigadores ya “establecidos” se inscribió en programas de doctorado y reajustó su perfil académico, para “no quedar fuera” del campo (o, al menos, de los estímulos y reconocimiento del Sistema Nacional de Investigadores).

De esta manera se explica la transición del campo en los ochenta y la recomposición de los parámetros para la incorporación y la acumulación de capital en él. La constitución utópica

de los proyectos más prestigiados de investigación, en el contexto de la crisis institucional, explica también el desarrollo de los vínculos de cooperación y colaboración mutua (entre un grupo reducido) sobre las relaciones de conflicto y competencia. Esta estrategia colectiva se manifiesta en las asociaciones y publicaciones académicas, así como en la búsqueda, de muchos de los investigadores ya “establecidos”, del “reciclaje” de sus saberes y competencias.

En la primera mitad de los años noventa, no obstante, la tendencia hacia la fragmentación cobró mayor fuerza en el campo de la investigación académica de la comunicación en México, que la tendencia hacia la síntesis. Por una parte, debido a que la lucha por la hegemonía en el campo (trans-institucional) ha quedado subordinada, en el contexto de la crisis institucional de las universidades mexicanas, a la lucha de los investigadores académicos de la comunicación por la conservación de los espacios (intra-institucionales) y los recursos concedidos a la investigación, lo cual no ha facilitado ni la emergencia de líderes fuertes ni la incorporación de nuevos agentes (individuales, institucionales y regionales) al campo.

Para los investigadores que participaron en el estudio, parecen ser claras las condiciones generales que obstaculizan (o limitan) sus prácticas de investigación. Los tres géneros de condiciones postulados como “contexto triple de la estructuración” del campo académico, en especial como determinaciones socioculturales externamente impuestas a esta estructuración (la “inconsistencia disciplinaria”, la “dependencia estructural” y la “crisis universitaria”), son asumidos y reconocidos por los investigadores, aunque las interpretaciones sobre sus causas y sobre lo que tendría que hacerse ante ellas difieren (en algunos aspectos hasta alcanzar una auténtica polarización de posturas). Pero en sus comentarios se refleja una amplia aceptación de la “complejidad y multidimensionalidad” de la “comunicación” como objeto genérico de estudio y de la “identidad híbrida” de los investigadores, que conviene relacionar con un dato adicional arrojado por la encuesta apli-

cada: la referida a los proyectos concretos de investigación de cada sujeto.

Los temas/objetos de los proyectos pueden agruparse en siete categorías: sistemas de medios/estructuras sociales (económicas, políticas, culturales) (25%); procesos de producción/mediación de sentido (discurso, contenido, mensajes) (19%); prácticas socioculturales (campos culturales/sujetos sociales) (19%); mediaciones de la recepción de mensajes masivos. (12%); campo académico de la comunicación (enseñanza, investigación, profesión) (9%); comunicación organizacional y redes de información (9%); comunicación y educación (7%). En cuanto a sus enfoques metodológicos, 48% de esos proyectos declaran alguno "estructural" o "multidisciplinario" (sociológico); 21% el análisis de discurso o de contenido (semiológico); otro 21% el "situacional" o "dialógico" (etnográfico), y 10% el "tórico". Finalmente, en cuanto a sus propósitos u orientación, 85% de los proyectos buscan como prioridad la "generación de conocimiento académico" y el restante 15% sobre el "desarrollo de modelos de intervención".

A pesar de la imprecisión general de las respuestas, en cuanto al "método de investigación empleado", la información proporcionada por este medio es similar en sus distribuciones a los resultados de la sistematización documental de los años más recientes (Fuentes 1996). Como se ve, se siguen haciendo, predominantemente, estudios macroestructurales sobre los medios masivos entendidos como instituciones sociales. Sin embargo, la diversidad de temas y de enfoques revela aquí una característica que es menos obvia en el análisis de los productos publicados: no hay relación perceptible entre esta diversidad y factores como la adscripción institucional, la edad, el sexo o la antigüedad de los investigadores, aunque sí la hay, con la trayectoria de cada sujeto según sus publicaciones. Seguramente, la selección de proyectos de investigación se guía por su relación con intereses personales (la "condición" más apreciada por los mismos sujetos) y expresa por tanto, también, una

tendencia a la dispersión en los esfuerzos de investigación de cada una de las (escasas) instituciones donde se realiza.

Por otro lado, resulta baja la proporción de los proyectos con propósitos explícitos de "intervención" o "aplicación" sobre sus objetos. De manera significativa en contraste con épocas pasadas, los investigadores formulan los propósitos de sus proyectos en términos de "conocer", "explicar", "analizar", "ampliar la información", "reflexionar", "entender", "identificar", "estudiar", "comprender", "determinar", "explorar", "esclarecer", "generar conocimiento", "demostrar", "indagar" o "revisar", más que de "evaluar", "crear una propuesta viable" o "generar esquemas de intervención". Nadie declara propósitos denunciistas, pero tampoco "alternativistas" o "transformadores" de objetos de la realidad, aparte del saber académico, como objetivo central de sus proyectos.

En los comentarios de los investigadores en la encuesta se insinúa también una tensión fuerte entre la identificación institucional y las representaciones negativas sobre la articulación interinstitucional del campo, lo cual refuerza la impresión de una tendencia hacia el individualismo, más que a un sentido de comunidad; sin embargo, también presente con cierta fuerza. La coincidencia en la identificación de ciertos rasgos y en el reconocimiento de situaciones como el cambio tecnológico-cultural ("globalización") de las comunicaciones, la transformación político-económica ("neoliberal") del entorno, la insuficiencia de los recursos para la investigación académica y la propia "debilidad" disciplinaria del campo, coexiste entre los investigadores con dudas o posiciones polarizadas en cuanto a la orientación y justificación social del trabajo de investigación, las fundamentaciones teórico-metodológicas y, sobre todo, con respecto a la organización concreta del campo y la viabilidad de los "objetivos colectivos" anteriormente sostenidos.

La "continuidad utópica", sin ser abandonada, parece ser puesta en cuestión por una buena parte de los sujetos (al menos en referencia a algunos aspectos), y la autonomía intelectual, postulada como meta colectiva, ahora parece aplicarse mucho

más a escala individual. No puede ignorarse que la crisis es una de las constantes más fuertes en el discurso (y en la experiencia) de los sujetos, por lo que los procesos de asimilación/acomodación del sentido (utópico) del campo y las prácticas en el cambiante entorno sociocultural de la realidad, no pueden desarticularse de los procesos de constitución de los sujetos y de los de formación/conformación del *habitus* que les es propio, en la explicación de los procesos (“intermedios”) de institucionalización y profesionalización.

Mediante análisis de datos como éstos y a partir del examen de los procesos de la institucionalización social del campo, se establecieron tres lógicas subyacentes en las prácticas de los investigadores académicos de la comunicación en México para acumular capital (prestigio) en el campo, articulando su trabajo (y “posicionamiento”) a través de actividades más “intelectuales” (publicaciones, conferencias, cursos), más “políticas” (coordinación de asociaciones, organización de eventos), o mediante ambos tipos de intervención, para acumular al mismo tiempo capital social (relaciones “políticas”, méritos organizacionales) y capital cultural (aportes “intelectuales”, méritos científicos), (Bourdieu 1988). Por otra parte, una vez realizados los análisis correspondientes a la configuración cognoscitiva del campo, pudo sintetizarse en términos de relaciones entre posiciones, el estado actual del campo académico, con base en los atributos que utilizan los sujetos que lo dirigen (colectivamente) para “movilizar recursos” y “reconfigurar esquemas”, es decir, para constituirse como agentes hegemónicos.

La información recopilada sobre los 49 sujetos incluidos en la muestra de investigadores se concentró en una base de datos compuesta por 28 “variables”, de todas las cuales se construyó una matriz de correlación que hizo ver (entre otras muchas relaciones) que los rasgos más correlacionados (estadísticamente) entre sí fueron el número de publicaciones y el reconocimiento por los pares (coeficiente de 0.8265), y ambos con el grado académico (doctorado), la pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores y las elecciones para puestos de

coordinación y presidencia de las asociaciones académicas. De esta manera se verificó, por una parte, que el prestigio de los investigadores en el campo depende sobre todo de su "calificación científica" (o al menos de su "visibilidad" para los demás sujetos, que los eligen y reconocen). De ahí, también, la constatación de los factores de la concentración encontrada entre individuos y entre instituciones, y la dificultad creciente para que ese patrón de concentración se rompa.

En el caso de los cinco investigadores con mayor reconocimiento explícito por parte de sus colegas, todos ellos incluidos también entre quienes cuentan con mayor número de publicaciones, Javier Esteinou, Enrique Sánchez Ruiz y Raúl Fuentes han participado en la coordinación de las asociaciones; mientras que Guillermo Orozco y Jorge González no lo han hecho nunca. Todos son doctores y pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores. En una composición de estos factores para relativizar entre sí las posiciones de los 49 sujetos incluidos en la muestra, la "distancia" entre estos cinco y los restantes es muy considerable (aunque varios de los investigadores recién incorporados al campo se acercan rápidamente). Nótese, que en la adscripción institucional de estos cinco investigadores faltaría sólo un "representante" de la UNAM para completar el conjunto de las seis instituciones donde se concentra la investigación de la comunicación en México (aunque en la UNAM donde hay mayor cantidad de investigadores y se produce el mayor número de publicaciones, desde hace más tiempo que en las otras cinco instituciones).

Pero, por otra parte, esta concentración y estructuración relativa de posiciones se relaciona mediante la interpretación de los análisis sobre la configuración cognoscitiva del campo, con el predominio creciente de la tendencia hacia la fragmentación sobre la tendencia hacia la síntesis (disciplinaria) de la investigación de la comunicación. No sólo en las publicaciones de los cinco sujetos indicados, sino en términos más amplios, se explicita que la profesionalización avanzada en curso (reconocible como creciente cumplimiento de los "perfiles" oficialmente impuestos) implica más el recono-

cimiento de la investigación que se hace como trabajo de "ciencias sociales", que como producto de una disciplina que se pudiera llamar "comunicología".

En un sentido, se confirma así que la institucionalización del estudio de la comunicación en México no ha generado una matriz disciplinaria científicamente consistente porque ha obedecido a lógicas contradictorias y desarticuladas entre sí, entre las cuales ha predominado la del crecimiento (cuantitativo) de la oferta de docencia a nivel de licenciatura y a la que se ha subordinado el desarrollo (cuantitativo y cualitativo) de programas de posgrado, la investigación y la elaboración de sistemas teórico-metodológicos. En otro sentido, al margen de la institucionalización disciplinaria del campo, se han incorporado elementos cognoscitivos que rechazan la pertinencia de ésta, que enfatizan la importancia de la metodología para la construcción del conocimiento, e implican una reconfiguración del sentido de las prácticas académicas ante un entorno (nacional e internacional) cambiante, amenazante, y que parece exigir una redefinición radical de las relaciones universidad-sociedad, en una conjunción de cambios estructurales (de diversas escalas) y epistemológicos (esquemas interpretativos específicamente científicos).

Las dos principales consecuencias reconocibles por los sujetos son la afirmación del "alejamiento" de la investigación con respecto a la formación de profesionales, y la fragmentación que tiende a escindir las prácticas de investigación no sólo de las de las licenciaturas en comunicación, sino de las articulaciones "internas" sobre las que (precaria e insuficientemente) se ha desarrollado el campo hasta ahora. Es evidente que la legitimación académica y social es más relevante que nunca antes para justificar el trabajo en esta área y la instrumentalización del conocimiento generado en "aplicaciones concretas", sobre todo cuando se refuerza la centralidad de las prácticas socio-culturales de comunicación en la reconfiguración del mundo contemporáneo (Giddens 1989; Mattelart 1993).

Modelo de la estructuración/destructuración/reestructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México



La disyuntiva entre la “extensión de la imaginación utópica” y la “recuperación del pragmatismo” formula una tensión que comienza a experimentarse (y a explicitarse) entre algunos de los investigadores académicos mexicanos de la comunicación, como una urgencia estratégica del nivel de la supervivencia profesional. De ahí la necesidad actual de emprender una amplia y profunda discusión reflexiva en que participen “todos” los investigadores de la comunicación, sobre las reorientaciones posibles de sus prácticas y, en especial, sobre la densidad ética y epistemológica con que pueda justificarse académicamente y legitimarse socioculturalmente el campo, en términos de su propia historia.

BIBLIOGRAFÍA

- ASHMORE, Malcolm (1989) *The reflexive thesis. Wrighting sociology of scientific knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN (1968) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOURDIEU, Pierre (1989) *O poder simbólico*. Lisboa: DIFEL.
- (1988) *Homo Academicus*. California: Stanford University Press.
- (1972) *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Droz, Geneve.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc J. D. WACQUANT (1992) *An invitation to reflexive sociology*. Cambridge, UK: Polity Press.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1997) *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/Universidad de Guadalajara, en prensa.
- (1996) *La investigación de la comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. Guadalajara: ITESO/Universidad de Guadalajara.

- GIDDENS, Anthony (1989) "The orthodox consensus and the emerging synthesis" in Dervin *et al.* (eds.) *Rethinking communication*, vol. 1: paradigm issues. Newbury Park, CA: SAGE, pp. 53-65.
- (1984) *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto (1994) "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos", en González y Galindo (eds.) *Metodología y Cultura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Pensar la Cultura, pp. 33-65.
- KNORR-CETINA, Karin (1981) *The manufacture of knowledge. An essay on the constructivist and contextual nature of science*. Oxford: Pergamon Press.
- MATTELART, Armand (1993) *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: FUNDESCO.
- PICKERING, Andrew (ed.) (1992) *Science as practice and culture*. Chicago/London: The University of Chicago Press.
- SEWELL, Jr. William H. (1992) "A theory of structure. Duality, agency and transformation", in *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm 1, pp. 1-29.
- THOMPSON, John B. (1990) *Ideology and modern culture*. California: Stanford University Press.
- WOOLGAR, Steve (ed.) (1988) *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: SAGE.